

manifiesta su deseo de abordarlo como un “pequeño homenaje al paradigma de la microhistoria, intento de recuperar el viejo placer del relato, y prueba de lo mucho que un hecho singular puede llegar a enriquecer la comprensión de un amplio contexto sociohistórico” (p. 193). Al relato del motín de Ceclavín le siguen “El peligroso oficio de confidente y la historia y desventuras de Miguel Delgado”, también relacionado con la localidad de Ceclavín, “Ceclavíneros. Algunos años más tarde” y “Una última instantánea en la frontera en el crepúsculo del Antiguo Régimen”, sobre varias noticias de los años treinta del siglo XIX.

Miguel Ángel Melón Jiménez es Profesor Titular de Historia Moderna de la Universidad de Extremadura. Sus investigaciones abarcan diversos aspectos relacionados con la historia económica y social de Extremadura durante la Edad Moderna, a las que ha dedicado varias monografías y artículos: *Extremadura en el Antiguo Régimen. Economía y Sociedad en tierras de Cáceres* (Salamanca, 1989), *Los orígenes del capital comercial y financiero en Extremadura. Compañías de comercio, comerciantes y banqueros de Cáceres (1773-1836)* (Badajoz, 1992), coautor de *La Real Audiencia de Extremadura. Fundación y establecimiento material* (Mérida, 1991).

Rafael Escobedo Romero  
*Universidad de Navarra*

**Suárez Cortina, Manuel**, *El gorro frigio. Liberalismo, Democracia y Republicanismo en la Restauración*, Madrid: Biblioteca Nueva. Sociedad Menéndez Pelayo, 2000, 371 págs., ISBN 84-7030-849-1.

Presentación. Introducción. Capítulo I. Radicalismo y Reformismo en la Democracia Republicana. Capítulo II. Libertad de prensa, elites republicanas y periodismo. Capítulo III. Krausoinstitucionismo, Democracia y Republicanismo de Cátedra. Capítulo IV. Krausismo, Institucionismo y “Cuestión nacional”. Capítulo V. Reformismo laico, “Cuestión social” y Nuevo Liberalismo. Capítulo VI. Democracia y Anticlericalismo en la crisis de 1898. Capítulo VII. El Republicanismo español tras la crisis de fin de siglo. Capítulo VIII. Solidaridad Catalana y los orígenes de Partido Radical. Capítulo IX. Melquiades Álvarez y la burguesía reformista: proyecto político y social. Capítulo X. Regeneración Nacional, Eugenesia y Socialismo utópico en las primeras décadas del siglo XX. Índice onomástico.

Nos hallamos ante una obra de madurez, que condensa una bien perfilada línea de investigación en torno al republicanismo español de la Restauración. Varios estudios recientes (*La Restauración, entre el liberalismo y la democracia*, 1997; *El anticlericalismo español contemporáneo*, 1998; y *La cultura española en la Restauración*, 1999, como editor) y los artículos y ponencias diversos que constituyen el armazón de la presente publicación, avalan un notabilísimo conocimiento del tema, refrendado, en cada caso, por un ex-

traordinario corpus bibliográfico y de fuentes inéditas. No se trata, no obstante, de una historia clásica del republicanismo durante la Restauración, como el propio autor advierte, sino de un haz de miradas perspicaces, que, básicamente, desde la óptica de la trayectoria del sector reformista, es capaz de iluminar todo el período restaurador en las cuestiones clave que preocuparon al país, en los problemas que tuvo que afrontar, en la evolución que fue experimentando, y en los proyectos que acabó alentando. Sin duda, entre los primeros aciertos de la obra sobresale el de una muy lograda contextualización de la realidad cultural y política republicana en la más amplia de la experiencia histórica de nuestro país.

El dominio del contexto, a su vez, dota al autor de una gran seguridad a la hora de explorar nuevas dimensiones del mundo republicano. Creo, en este sentido, que un segundo mérito de *El gorro frigio* es, precisamente, la importancia otorgada a las cuestiones doctrinales y de pensamiento, y la habilidad para exponerlas con claridad y riqueza de matices. La propia narración, de tono más argumentativo que descriptivo, sabe descubrirnos la multiplicidad de enfoques e interpretaciones que sugiere un mismo cuerpo de doctrina, así como las diversas y no siempre diáfanas imbricaciones entre ideología, política, compromiso social o quehacer científico. Resultan de ello unas páginas densas, donde el relato razonado de las ideas, los proyectos, las decisiones políticas o las actuaciones en los ámbitos social, educativo y científico consigue entretejer el universo de la cultura política de los seguidores de la República, muy en particular, de los que defendieron el ideal reformista. De hecho, a pesar de que la obra, confeccionada con trabajos y ponencias elaborados en los últimos años y presentados en distintas reuniones científicas, adolezca, como lo indica el propio autor, de numerosas repeticiones en temas y análisis históricos, presenta, sin embargo, una estructura que combina acertadamente el relato político con el análisis de cuestiones históricas clave, y que a la postre permite hilvanar un argumento sólido acerca de la progresiva y diversa acomodación del republicanismo a la realidad política cambiante de la Restauración.

Abre la secuencia de trabajos un primer capítulo introductorio, relativo al panorama republicano en los primeros tiempos de la Restauración, que bajo el título de "Radicalismo y Reformismo en la democracia republicana", sintetiza la visión del autor acerca de la existencia de dos grandes tendencias, radical y reformista, que subyacen y terminan cristalizando por encima de una más amplia variedad de formaciones. Radicalismo y reformismo, según la tesis mantenida por el autor, constituyen, de hecho, la modernización del republicanismo histórico. A un lado, los seguidores de Ruiz Zorrilla, primero, y de Alejandro Lerroux y Blasco Ibáñez, más tarde, partidarios de métodos revolucionarios de acceso al poder, y portadores de una visión de la realidad social y política en clave romántica y dicotómica, que tenía como objetivo la emancipación del pueblo de los poderes tradicionales, encarnados por la

Monarquía, la Iglesia y la burguesía oligárquica. En el otro fiel, el Krausoinstitucionismo, que tuvo en la reforma su principal objetivo, y contó en sus filas con algunos de los hombres señeros de la cultura y la ciencia del tránsito de siglo, defensores de una reforma social y política armónica y evolutiva, que, desde luego, pasaba por el refrendo democrático de las urnas. A pesar de sus notables diferencias, unos y otros, como subraya Suárez Cortina, fueron partidos de progreso, de reforma social y educativa, a quienes cupo una importante tarea de integración social y política de los sectores sociales que el sistema restaurador marginaba.

El papel fundamental de la prensa en la cultura y en la vida política republicana es el contenido del segundo capítulo. Dedicar unas páginas a valorar la influencia de la actividad periodística en la conformación de unos valores, en el diseño de unas estrategias o en la propia selección política de los líderes de las distintas formaciones, no resulta un tema de interés menor sino, por el contrario, una realidad de primer orden en la cultura política del momento, máxime en el caso de la prensa republicana, que se reveló tanto como instrumento político, cuanto como plataforma de divulgación cultural y científica.

Los siguientes capítulos nos adentran ya en el núcleo de la investigación y de la —por llamarlo así— querencia intelectual de Suárez Cortina, centrada en la corriente institucionista, a la que el autor no duda en considerar como una propuesta alternativa al sistema de la Restauración en todos sus órdenes. Se explaya, por ello, en un análisis en profundidad de las bases ideológico-políticas, de los supuestos científicos y de los valores religiosos y sociales defendidos por el Krausoinstitucionismo. Los tres pilares básicos del pensamiento de esta tendencia —el organicismo de raíz Krausista, el monismo de carácter positivista y el evolucionismo— vertebraron una ideología que cristalizó en compromiso político para muchos hombres de cultura, deseosos de transformar la sociedad y la vida política. En el campo de la fe, los institucionistas se pronunciaron a favor de la libertad de conciencia, de la libertad de cultos e iglesias, y de un Estado neutro, laico y secularizado, aunque no ateo. Concedieron un papel primordial a la educación, concebida como base ineludible de la reforma individual y colectiva; abogaron por la escuela neutra e hicieron notable hincapié en la educación popular de adultos, entendida como instrumento básico de emancipación individual y colectiva, pero también como requisito ineludible para la consolidación de un sistema político liberal y democrático. Su máxima realización en este campo, huelga decirlo, fue la Institución Libre de Enseñanza.

No obstante, el punto esencial en la carta de presentación del grupo radicó principalmente en su objetivo de reforma social. Ni socialistas, ni liberales, ni católicos sociales, los institucionistas abordaron el tema desde su concepción organicista, que les llevó a la defensa de una sociedad presidida por la armonía y el solidarismo, y a tener un protagonismo esencial en la política social



desplegada por el Estado, particularmente, desde el Instituto de Reformas Sociales. Nunca pusieron en cuestión ni el sistema de propiedad ni los derechos de la burguesía, pero defendieron un nuevo marco de relaciones sociales, solidarias, diseñadas para garantizar la “paz social”, de ahí que abogaran de modo permanente por la articulación de instrumentos de convergencia entre trabajadores y patronos. Fue el suyo un proyecto social interclasista, de fomento del trabajo, de la pequeña propiedad y de la burguesía productora. Se mostraron a favor de las inversiones productivas, de la socialización de los ferrocarriles y las minas, y de un modo especial, de la cooperación en todas sus manifestaciones.

Desde un punto de vista político, hicieron bandera de la defensa de la democracia y de la crítica al carácter corrupto y fraudulento del sistema electoral de la Restauración. Aún a riesgo de ser tildados de antipatriotas, se mostraron, por último, anticentralistas, pues entendieron España como una realidad histórica integrada por una variedad de comunidades sociales, que adquirirían su pleno ser en el organismo unitario. Por ello hablaron en muchas ocasiones de “República orgánica federal”, y apostaron por el vigor de los cuerpos representativos intermedios entre el individuo y el Estado. De esta concepción abierta de la nación, nació asimismo el espíritu “iberista”, de hermandad entre españoles y portugueses, y de deseo de plena integración de ambos pueblos en una única realidad, y en otro ámbito, se abogó por una política colonial autonomista, de defensa de los derechos políticos y civiles de los ciudadanos cubanos, sin que, como es sabido, la propuesta tuviera eco entre los gobiernos del turno.

La introspección se detiene por el momento, y un nuevo capítulo, el sexto, titulado “Democracia y Anticlericalismo en la crisis de 1898” nos sitúa otra vez en la crónica histórica con ocasión de la primera inflexión seria que experimentó el sistema tras la pérdida de las últimas colonias. La crisis noventayochista alentó la crítica y reorientó el discurso alternativo de los republicanos, que convirtieron el anticlericalismo en su santo y seña de combate, dentro de un discurso marcadamente bipolar que enfrentaba tradición con modernidad, Iglesia con progreso, Monarquía no representativa con República democrática. Cambió la dinámica turnista, al acercarse liberales y republicanos, y los grandes temas de fondo que latían tras la crítica anticlerical —la modernización, la libertad, la europeización y la secularización del país— se discutieron en el Parlamento, en la calle y en la escuela. Había consenso en la actitud, pero no en la intensidad y en el grado de la protesta. Apunta Suárez Cortina que la novedad más representativa del anticlericalismo de principios de siglo residió en su doble faz gubernamental y popular, y al mismo tiempo, en la coexistencia de una reacción popular radicalizada, que buscaba la erradicación de las órdenes religiosas y del fanatismo clerical, frente al moderantismo de ciertos sectores republicanos, defensores de la libertad de cultos y de la secularización del Estado, aunque

no del conjunto de la sociedad. Los distintos proyectos de escuelas alternativas a la enseñanza confesional —escuelas neutras, laicas y racionalistas— reflejaron, ya en el campo educativo, la diversidad de propuestas dentro de aquel enconado debate.

La sacudida del 98 no podía por menos de introducir cambios sustanciales en la vida política y de obligar a una redefinición de programas y estrategias. El capítulo VII retoma el relato de la evolución política del republicanismo tras la crisis de fin de siglo, indagando en los procesos de transformación que se produjeron en su seno. Narra así cómo radicales, reformistas y federales intentaron en aquellos años varias “uniones, fusiones y alianzas”, todas fallidas, en pos de una utópica unidad de la familia republicana. La última experiencia, la de Unión Republicana de 1903, acabaría fracasando poco después, en 1906-1907, debido a la diversa postura de los dos dirigentes republicanos más cualificados y distanciados en sus propuestas, Salmerón y Lerroux, ante la aparición de Solidaridad Catalana, y pondría claramente al descubierto los dos modos —radical y reformista— de orientar la regeneración republicana, es decir, de resolver la modernización de esta alternativa al sistema restaurador. Suárez Cortina confronta ambas tendencias en su divergente postura respecto al tema religioso, a la cuestión social y a la concepción de la nación, si bien subraya que el contraste más decisivo estribaba en el carácter abiertamente popular de los radicales frente al apoyo burgués y las estrategias de movilización social corporativa, cuando no de acomodo a las redes clientelares, de los reformistas. La aparición de Solidaridad Catalana, como se ha dicho, fue el detonante de la disolución de Unión Republicana y de la formación poco después del Partido Radical de Lerroux (1908) y del Partido Reformista de Azcárate y Melquíades Álvarez (1912). Supuso, de hecho, la liquidación del republicanismo histórico al propiciar también una redefinición de principios y de estrategias en medio de una notable renovación.

La creación del Partido Radical de Lerroux merece un nuevo capítulo que el autor dedica a ahondar en las razones de índole política y filosófica que llevaron a la escisión en el campo republicano. Su tesis es que, si bien la formación de Solidaridad Catalana precipitó la ruptura en el seno de la Unión, lo cierto es que las nuevas generaciones de republicanos ya habían empezado a perfilar distintas estrategias para la modernización del partido, proyectos que terminaron de cuajar envueltos en el enfrentamiento tanto personal por el liderato, como ideológico y político, entre Lerroux y Salmerón, pero que tenían una raíz más profunda.

Las páginas dedicadas a los radicales se completan con el relato de la otra opción, la de los reformistas, objeto del capítulo IX de la obra. El proyecto reformista que lideró Melquíades Álvarez desde comienzos del siglo actual constituyó, en opinión de Suárez Cortina, el esfuerzo más señalado que un sector de la democracia diseñó para neutralizar tanto el avance de un conservadurismo antidemocrático como la proyección social y política de un obre-

rismo organizado que ponía en cuestión el sistema capitalista. Supuso, de hecho, una estrategia de las burguesías mercantiles e industriales desde una perspectiva modernizadora. Como añade el autor, el reformismo burgués, laico y transaccionista del republicanismo melquiadista fue una de las propuestas que tuvo en España la transición del liberalismo clásico a la democracia. La experiencia social y política de la burguesía gijonesa y asturiana sería el núcleo de un proyecto de alcance nacional de reforma política y social, que tuvo como meta la *europaización* del país. No obstante su talante democrático y su objetivo de armonizar las aspiraciones de una burguesía moderna con las de las clases populares, el reformismo hubo de moverse con una cierta ambigüedad, que le llevó primeramente a participar en el 1917 asturiano, para después, tras el fracaso revolucionario, reforzar sus raíces burguesas, volverse hacia el sistema e incorporarse al gobierno de concentración liberal de García Prieto en 1922. El golpe de Primo de Rivera acabó disolviendo esta alternativa política, que vio alejarse a sus mejores hombres y, que llegada la II República, se reconvirtió en el Partido Republicano Liberal Demócrata, claramente de derechas.

Neutralidad religiosa, liberalismo de carácter social partidario de la armonía de clases, de la negociación y de un evolucionismo en la dinámica social; conciencia de los intereses y derechos de los obreros; conciencia también de una nación concebida en sentido reformista, democrático y de justicia social, tales son algunas de las señas de identidad clave del reformismo de principios del XX.

Concluida la narración entreverada de hechos políticos y análisis ideológicos de doctrinas y propuestas, Suárez Cortina pone el broche final a su obra con un tema, si se quiere no tan central, pero muy ilustrativo de la profunda imbricación entre ciencia, pensamiento social y compromiso político, que caracterizó a muchos de los más significados intelectuales republicanos en la España de entresiglos. De la mano de la polifacética figura de Enrique Diego Madrazo, las últimas páginas se hacen eco del auge y la aceptación que tuvo durante algún tiempo, también en España, la teoría eugénica acerca de la selección de la raza al servicio de la emancipación humana, objetivo que, en última instancia, constituía la firme esperanza de los republicanos de cualquier color.

Los lectores de *El gorro frigio* habrán disfrutado a estas alturas de una obra interesante, densa, y novedosa en varios de sus pasajes; quizá, no obstante, puedan reprochar a su autor una cierta predilección por su objeto de estudio, el reformismo, lo cual, en ocasiones, no le permite ver toda la variedad de matices que también presentaron otras opciones ideológicas y políticas, incluidas las de liberales y conservadores del sistema. Y, quizá también, echen en falta un análisis político que explore en profundidad las causas del escaso arraigo de las formaciones republicanas, en mi opinión, no sólo atri-



buable a la acción manipuladora y fraudulenta de la oligarquía turnista. Pero, sin duda, cerrarán el libro con un balance claramente positivo.

Manuel Suárez Cortina es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Cantabria. Es autor de obras como *El reformismo en España: republicanos y reformistas bajo la monarquía de Alfonso XII* (1986), *Casonas, hidalgos y linajes: la invención de la tradición cántabra* (1994). Más recientemente ha editado junto a otros autores el libro *La Restauración, entre el liberalismo y la democracia* (1997).

M<sup>a</sup> del Mar Larraza  
*Universidad de Navarra*

**Zapatero, Virgilio, Fernando de los Ríos. Biografía intelectual**, Granada: Diputación de Granada, Pre-Textos, 1999, 520pp., ISBN 84-8191-321-9.

I. De Ronda a Madrid. II. La hora de Don Francisco Giner. III. Buscando el camino. IV. Nos hace falta un pueblo. V. En un bellissimo rincón. VI. La causa de los aliados. VII. Quién tiene derecho a castigar. VIII. O Inglaterra o Rusia. IX. Libertad... para qué. X. El ocaso del liberalismo. XI. Una dictadura incivil y ridícula. XII. El sentido humanista del socialismo. XIII. La renuncia a la cátedra. XIV. Por fin, la República. XV. Hombres de leyes. XVI. Justicia y Constitución. XVII. Iglesia y Estado. XVIII. España tiene ansia de saber. XIX. La escuela, auténtica representación de la República. XX. La revolución de octubre. XXI. El primer acto de un drama de dimensiones universales. XXII. Derrotados y divididos. XXIII. La segunda derrota. XXIV. Nueva York. 31 de mayo de 1949. Bibliografía. Índice Onomástico.

Es bien conocida la faceta pública de Virgilio Zapatero por su paso por la política, pero lo es menos su actividad como universitario, investigador y docente. Ya en 1974, bajo la dirección de Joaquín Ruiz-Giménez, publicó su tesis doctoral sobre el pensamiento de Fernando de los Ríos, importante dirigente socialista desde la década de los 20 del pasado siglo y ministro de varias carteras en la República. Sobre él, tras décadas de dictadura, o bien caía un gran desconocimiento o bien se había proyectado una imagen totalmente distorsionada por los portavoces del régimen de Franco. Había que rescatarlo del olvido colectivo al que había sido sometida su figura y colocarla en el lugar que le corresponde, junto a una generación de intelectuales de su tiempo, la de 1914, entre quienes encontramos a José Ortega y Gasset, Manuel Azaña, Julián Besteiro, Gregorio Marañón, Salvador de Madariaga o Ramón Pérez de Ayala...

Coincidiendo con la celebración del medio centenario de la muerte en el exilio de Nueva York de Fernando de los Ríos (1879-1949), Virgilio Zapatero ha publicado esta biografía que amplía y profundiza el trabajo de juventud ya mencionado. Para ello ha tenido la fortuna de ser el primer investiga-